

## **Marxismo revolucionario y poder popular en Miguel Enríquez y Mario Roberto Santucho**

*Revolutionary marxism and popular power in Miguel Enríquez and Mario Roberto Santucho*

**Recibido:** 2 de septiembre de 2025

**Aceptado:** 5 de diciembre de 2025

**Autor:** Dr.C. Hernán Ouviaña\*

**Resumen:** El artículo<sup>1</sup> reconstruye los aportes formulados por los marxistas y dirigentes políticos Miguel Enríquez (MIR-Chile) y Mario Roberto Santucho (PRT-ERP-Argentina), y pone el foco en las posibles afinidades y confluencias políticas de sus respectivos pensamientos e hipótesis en cuanto a la estrategia revolucionaria, la recreación del marxismo y una común vocación por la construcción de poder popular, con miras a potenciar un proyecto de transformación integral de la sociedad. Para ello, se analizan sus principales contribuciones, dando cuenta del contexto histórico específico en el que se plantearon, y atendiendo a la dinámica de la lucha de clases y a la crisis vivida en sus respectivos países y a nivel regional.

**Abstract:** The article reconstructs the contributions made by the marxists and political leaders Miguel Enríquez (MIR-Chile) and Mario

---

\* Dr.C. Hernán Ouviaña (1977) Email: hernanou@yahoo.com.ar Doctor en Ciencias Sociales. Profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (UBA) y del Departamento de Educación de la Universidad Nacional de Luján. Educador popular. Orcid: 0000-0003-1087-5671.

Roberto Santucho (PRT-ERP-Argentine), focusing on the possible affinities and political confluences of their respective thoughts and hypotheses regarding the revolutionary strategy, the recreation of marxism and a common vocation for the construction of popular power, with a view to promoting a project of comprehensive transformation of society. To this end, their main contributions are analyzed, taking into account the specific historical context in which they were raised, and taking into account the dynamics of the class struggle and the crisis experienced in their respective countries and at the regional level.

**Palabras clave:** estrategia revolucionaria, marxismo, poder popular.

**Keywords:** marxism, popular power, revolutionary strategy.

## **Introducción**

Ya hace más de cincuenta años de la caída en combate de Miguel Enríquez, el mayor referente del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), organización político-militar gestada a mediados de los años sesenta en Chile, y que supo jugar un rol de enorme relevancia durante el período del gobierno de la Unidad Popular (1970-1973), frente al cual mantuvo una crítica fraterna desde una posición no sectaria, que apuntaba a la construcción de poder popular en diversos territorios del país y cuestionaba la llamada «vía democrática al socialismo». A su vez, en junio de este año se conmemora la caída y secuestro de Mario Roberto Santucho, principal dirigente del Partido Revolucionario de los Trabajadores y comandante del Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), quien aún se encuentra desaparecido.

Reconstruir el itinerario y la herencia de estas dos figuras con numerosas similitudes y afinidades entre sí, que fueron parte de una nueva generación revolucionaria y tuvieron considerable gravitación dentro de la tradición marxista y de la nueva izquierda de las décadas de los sesenta y los setenta, es clave en estos tiempos donde prima el

desconcierto y un clima fatalista signados por una atmósfera de parcial resignación en vastos sectores sociales, ante una crisis aguda y multidimensional donde proliferan las guerras, una precarización extrema de la vida, el auge de las ultraderechas y un evidente fracaso de los progresismos, aunque también una desorientación considerable en las filas de la izquierda anticapitalista.

En este artículo nos interesa recuperar los aportes formulados por Miguel Enríquez y Mario Santucho como intelectuales orgánicos de la clase trabajadora y «los pobres del campo y la ciudad», para poner el foco en las afinidades y coincidencias existentes entre ambos en cuanto a su concepción del marxismo, el poder popular y la revolución, que en un plano más general se expresaron en profundas similitudes entre el MIR y el PRT-ERP en lo atinente a su estrategia política y a un horizonte común de carácter socialista.

## **Praxis de ruptura: la emergencia de una nueva generación militante**

Menos de ocho años separan el nacimiento de Mario Roberto Santucho, un 12 de agosto de 1936 en Santiago del Estero, del de Miguel Enríquez, el 27 de marzo de 1944 en Concepción. Son tan numerosas como sorprendentes las afinidades entre uno y otro. Ambos viven su infancia y adolescencia en el seno de familias de clase media con un estrecho vínculo con la cultura de la época, en ciudades importantes, aunque distantes de las respectivas capitales de sus países; e incursionan en la militancia siendo estudiantes universitarios, en un contexto de creciente politización de estas casas de estudio y de la sociedad en general. También tienen la oportunidad de formarse a partir de los aportes de sus hermanos mayores: Francisco René Santucho, en el caso de Mario, y Marco Enríquez en el de Miguel.

Como precoces dirigentes estudiantiles, logran disputar los centros de estudiantes y federaciones de sus universidades a través de

agrupaciones de nuevo tipo: el Movimiento Independiente de Estudiantes de Ciencias Económicas (MIECE) en Tucumán, el Movimiento Universitario de Izquierda (MUI) en Concepción. Conscientes de la necesidad de gestar organizaciones que pudiesen dar pelea contra el sistema en todo el territorio nacional, contribuyen a fundar a dos partidos marxistas con importante gravitación en la primera mitad de los años setenta, a partir de la confluencia de diversas tradiciones ideológico-políticas, entre las que se destacaron el trotskismo y el guevarismo. También tendrán la oportunidad de visitar en su juventud (casi a la misma edad) la Cuba revolucionaria, para aprender y nutrirse de esta experiencia excepcional en nuestro continente, que demostraba la posibilidad del triunfo de una revolución a través de la lucha armada.<sup>2</sup>

Curiosamente, el MIR y el PRT se fundan el mismo año: 1965. Como señaló Carlos Sandoval, los miristas —y a su modo, también los *perros*, tal como se denominó a la militancia del PRT-ERP— nacen «en una cuna que está muy movediza desde el punto de vista de las propuestas revolucionarias» (Álvarez y Ouviaña, 2015, p. 2). Ambas organizaciones vivirán fervorosas polémicas contra sectores internos, que se mostraban refractarios ante la necesidad de asumir la guerra de guerrillas como forma de lucha. Esto los llevará a protagonizar rupturas y similares procesos refundacionales de sus estructuras organizativas entre 1968 y 1969, lo que reafirmará sus convicciones político-militares y dotará a aquellas de mayor homogeneidad y cohesión ideológica. Y ya como secretarios generales del PRT y el MIR, cumplirán un papel descollante a nivel teórico, formulando un conjunto de tesis programáticas de considerable originalidad; y en términos prácticos, sugiriendo rumbos de acción, tácticas y una estrategia que combinará el trabajo de masas, la violencia armada, el poder popular y un horizonte socialista donde los pobres del campo y la ciudad gobernasen sin tutela alguna.

La década de los sesenta se nutrió de una frondosa cantidad de referencias políticas a nivel continental y global. No obstante, acaso quien mayor influjo

haya generado en el pensamiento y la praxis revolucionaria de Santucho y Enríquez sea Ernesto «Che» Guevara. Además de resultar uno de los protagonistas principales de la revolución cubana y ejercitar el internacionalismo como pocos, supo producir textos y reflexiones de una enorme hondura intelectual y política, que renovaron el marxismo desde un prisma heterodoxo, sin dejar de apostar por el socialismo y de denunciar la actitud imperialista en el continente y el Tercer Mundo. La precoz muerte en combate que sufre en Bolivia, lejos de aplacar las perspectivas de la lucha armada, aporta a nutrir un imaginario que lo concibe como mito movilizador y ejemplo para esta nueva generación que ansía revolucionarlo todo.

Miguel Enríquez y Mario Roberto Santucho también cayeron tempranamente, combatiendo contra las dictaduras que se implantaron en sus respectivos países. El primero, el 5 de octubre de 1974, con tan solo 30 años; el segundo, con apenas 39 años, un 19 de julio de 1976. No huyeron ni se amilanaron ante un enemigo brutal que utilizó todo su arsenal y violencia genocida contra quienes también se animaron a cuestionarlo todo. Uno fue acribillado en la calle Santa Fe de la comuna de San Miguel; el otro en una barriada humilde de Villa Martelli. Los restos de Enríquez yacen hoy en el mismo cementerio donde se alojan los de Salvador Allende y Víctor Jara. El cuerpo de Santucho, lamentablemente, aún se encuentra desaparecido.

## **La apuesta por actualizar el marxismo en medio de la actualidad de la revolución**

Para comprender el papel que supieron jugar Mario Roberto Santucho y Miguel Enríquez como intelectuales y dirigentes revolucionarios, es preciso dar cuenta del itinerario y las propuestas del PRT-ERT y del MIR. El PRT es forjado en 1965 a partir de la confluencia de dos organizaciones disímiles, pero con intereses y perspectivas comunes, en un contexto donde lo prioritario para ellas era, ante todo, la unidad: el FRIP (Frente Revolucionario Indoamericano Popular) y Palabra

Obrera. Luego de unos años de caminar juntos, en 1968 las diferencias se tornan irreconciliables, lo que lleva a que, bajo la denominación de El Combatiente, el sector liderado por Mario Roberto Santucho rompa con aquel encabezado por Nahuel Moreno, bautizado de ahí en más como La Verdad. El PRT El Combatiente pasará al poco tiempo a ser conocido como PRT a secas.

Si su IV Congreso —concretado a finales de febrero de 1968— puede ser definido como el acta de nacimiento, en sentido estricto, del partido, el V —realizado a mediados de 1970 en el Delta del Paraná— será el que oficie de partero de una de las guerrillas con mayor gravitación en la lucha de clases en la Argentina de los años setenta: el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). En los documentos debatidos y aprobados en ambos congresos se dejan traslucir profundas semejanzas y afinidades con la estrategia y perspectiva de poder formulada por el MIR.

En primer lugar, si bien a nivel general se autodefinen como una organización de corte marxista-leninista, distan de hacerlo a partir de una única tradición o corriente ideológica. Por ello apelan, al igual que lo hará el MIR, desde ya a Marx, Engels y Lenin, pero también a Trotsky, Mao, Fidel Castro y el Che, sin desestimar a otras actualizaciones como las formuladas por los dirigentes del comunismo vietnamita Nguyen Giap (1964), Ho Chi Min, Truong Chin y Le Duan. De todos ellos tomarán aquellos retazos más subversivos y complementarios, con el propósito de amalgamar de manera certera conocimiento y transformación de la realidad, en plena sintonía con la célebre Tesis XI.

Profundamente crítico del etapismo stalinista y de las posibilidades de disociar la lucha antimperialista de la apuesta por la revolución socialista (otro punto de convergencia clave con el MIR), el PRT-ERP

asume como principio epistemológico a la lucha de clases y atiende a las particularidades del país, aunque sin descuidar el papel del imperialismo, el subdesarrollo inducido y los condicionamientos impuestos por el capitalismo como sistema mundial.

Los análisis formulados en el IV y V Congreso destacan el «carácter desigual del desarrollo capitalista en la Argentina y la crisis orgánica de su economía», al proletariado industrial como “la clase más revolucionaria”, y dentro de la clase obrera a los trabajadores azucareros y el proletariado rural del norte como el sector de vanguardia (PRT, 1998a, pp. 119-122). A su vez, plantean que la lucha armada, lejos de ser algo inducido desde el exterior y en función de otros procesos revolucionarios triunfantes, surge de la experiencia directa de las masas en el país (1998b, p. 152).

La gravitación del imperialismo en la región y la expansión a lo largo y ancho de América Latina de la lucha implican asumir de manera compleja y pendular la relación entre revolución y contrarrevolución. Esto, sumado a otros factores internos, como la debilidad relativa de las fuerzas de izquierda *vis a vis* el poder de las fuerzas de la reacción, hacen presumir al PRT que no cabe pensar en una confrontación armada que se resuelva en el corto plazo, sino más bien en una *guerra popular* que tendrá un carácter *prolongado* (p. 159).

Sorprende la idéntica caracterización realizada por Miguel Enríquez y el grupo de jóvenes penquistas que lo secundan, quienes en el congreso fundacional del MIR de 1965 presentarán una tesis político-militar conocida como *La conquista del poder por la vía insurreccional*, que será aprobada por el casi centenar de delegados presentes en el local de la Federación de Cuero y Calzado ubicado en el centro de Santiago. Allí se afirma que la lucha armada asumirá en Chile el carácter irregular y prolongado de una guerra revolucionaria (Enríquez,

2015). Luis Vitale, miembro cofundador de la organización y redactor de la *Declaración de Principios* del MIR, reconocerá que esta tesis constituyó en ese entonces «un hecho inédito en la historia de los partidos de la izquierda chilena, pues en ninguno de sus congresos jamás fue aprobada una tesis insurreccional» (Vitale, 1999, p. 8).

Pero sobre todo serán las tesis presentadas por Miguel Enríquez en el III Congreso del MIR, realizado en 1967 y donde además de producirse un recambio generacional en la composición del buró político, resulte electo como secretario general, lo que constituye un eslabón fundamental en cuanto a la perspectiva estratégica que asumirá de ahí en adelante la organización. Conocidas como *Tesis político-militar*, en ellas se cuestiona el supuesto «legalismo» y la «excepcionalidad» de Chile (que abonaría a una estrategia de tipo «gradualista», como la que habrá de encarnar pocos años más tarde el gobierno de la Unidad Popular), dando cuenta del largo memorial de luchas, represiones y combates populares vividos en el país, para culminar postulando que «la lucha armada y por consiguiente el uso de la violencia» constituyen hoy «el único camino posible, si de veras se quiere destruir el régimen de oprobio y miseria semicolonial», por lo cual se torna preciso oponer al imperialismo «un frente múltiple en el plano militar» y «levantar como objetivo inmediato la revolución continental latinoamericana» (Enríquez, 2019, pp. 25-27).

El PRT-ERP y el MIR cuestionaban con similares argumentos la llamada «teoría del foco», elaborada por el intelectual francés Régis Debray a partir de su arbitraria lectura de la Revolución cubana, una concepción que Santucho definirá como militarista y «ajena por completo al marxismo» (PRT, 1998b, p. 170). En consonancia, Andrés Pascal Allende recordará que «éramos bastante críticos a los textos de Régis Debray y del foquismo» (citado en Sandoval, 2014: 156). Ambas organizaciones retomarán los planteos del Che Guevara y de Vo

Nguyen Giap, para quienes siempre lo militar debe estar en función del proyecto político («la política manda al fusil» es una máxima que reiteran) y el vínculo entre la guerrilla (como agente catalizador) y los sectores populares (que asumen un protagonismo creciente en la lucha), debe ser orgánico y permanente. En consecuencia, la interpretación de la guerra que formulan es de masas, reconociendo la centralidad que tiene en ella el propio pueblo.

Tanto el PRT-ERP como el MIR definen que el escenario inmediato de la lucha armada sean las grandes ciudades, aunque sin desechar la posibilidad de gestar una experiencia rural (tal como más tarde intentará concretar el ERP en Tucumán, a través de la Compañía de Monte «Ramón Rosa Jiménez»). De todas maneras, es crucial entender que, en el crecimiento e irradiación de la lucha armada, existe una interrelación campo-ciudad supeditada al desarrollo «donde quiera que existan las masas adaptándose a las formas concretas que la realidad de cada región exija» y asumiendo que «la guerra popular no admite ser aprisionada en esquemas» (PRT,1998b, p. 163).

Este *voluntarismo revolucionario* que expresan el PRT-ERP y el MIR debe entenderse como una respuesta frente al quietismo y la inmovilidad en la que se encontraba sumida gran parte de la izquierda tradicional en nuestro continente (Löwy,1971). Frente a la coexistencia pacífica y la subordinación absoluta a las directrices que la URSS pretendía imponer al movimiento comunista internacional, esta nueva izquierda propone una estrategia de poder que confronte con este «peso de la inercia» y articule múltiples formas de lucha, entre ellas la guerra de guerrillas, aunque sin disociarla de la lucha de masas.

Dicho precepto implicaba que un porcentaje importante del PRT y del MIR debía abocarse al trabajo político en los diferentes territorios donde la organización estaba presente o aspiraba a intervenir. Si en el caso del MIR ello supuso una esmerada labor militante a través de los

*frentes intermedios* en poblaciones, universidades, fábricas, fundos y comunidades, en el del PRT, el mayor despliegue de acciones armadas por parte del ERP fue acompañado por la creación y el crecimiento de *frentes de masas* con un similar espíritu de construcción de poder popular, no sin tensiones y recaídas en lo que el propio PRT definió como una desviación «militarista», algo que, en menor medida, también condicionó el accionar del MIR con la conformación a partir de 1969 de los Grupos Políticos Militares.

En Chile se lograron crear y desarrollar en diferentes territorios variados frentes: el Movimiento Campesino Revolucionario, el Movimiento de Pobladores Revolucionarios, el Movimiento Universitario de Izquierda/Frente de Estudiantes Revolucionarios y el Frente de Trabajadores Revolucionarios; pero también el MIR ayudó a parir e impulsó organismos multisectoriales más amplios, entre los que se destacaron los Comandos Comunales, e instancias similares con enorme gravitación en ámbitos productivos, como los Cordones Industriales, que a pesar de su corta existencia y su carácter embrionario, demostraron la viabilidad de este tipo de ámbitos de poder «surgidos desde las entrañas mismas de las masas», como «expresión directa de las necesidades y anhelos de la mayoría de la población», que tendían a «poner en marcha una legalidad y una democracia de nuevo tipo, revolucionaria y popular» (MIR, 2004, p. 185).

En Argentina, esta actitud frentista incluyó por parte del PRT desde la creación del Movimiento Sindical de Base en el seno del activismo obrero y el Frente Antiimperialista y por el Socialismo (plataforma amplia que llegó a congregarse miles de activistas y a variados referentes intelectuales y políticos), a la Juventud Guevarista, el Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (FATRAC), los Comités de Base a nivel barrial, así como la edición de varios periódicos y revistas de gran tiraje: *El Combatiente* (que en su mayor esplendor ascendía a más de veinte mil ejemplares), *Estrella Roja* (con una tirada

de cincuenta y cuatro mil copias), *Nuevo Hombre*, *Juventud Rebelde* y el diario *El Mundo* (que los domingos vendía cerca de cien mil ejemplares), además de diferentes publicaciones provinciales o locales, como *Posición* y *Nueva Patria* en Córdoba o *Luchar* y los *Cuadernos de Información Popular* en Buenos Aires.

## **Estación Santiago: el fortalecimiento de los vínculos entre el PRT-ERP y el MIR**

Si bien, al menos desde julio de 1971 ya se venían teniendo reuniones bilaterales, un capítulo relevante que marcará las relaciones y perspectivas comunes entre el PRT-ERP y el MIR, es el que se inicia con la fuga protagonizada el 15 de agosto de 1972 por presos políticos integrantes de diversas organizaciones guerrilleras argentinas. La evasión del penal de máxima seguridad ubicado en la patagónica ciudad de Rawson (Chubut), constituye un momento bisagra no solamente en el país trasandino, sino también en lo que será una vinculación cada vez más estrecha y fraterna entre la militancia marxista de ambos lados de la cordillera.

Allí se encontraban encarcelados una gran cantidad de integrantes de organizaciones guerrilleras (sobre todo, del PRT-ERP, Montoneros y FAR), así como algunos dirigentes gremiales, entre los que se destacaba Agustín Tosco, referente del combativo sindicato de Luz y Fuerza y figura descolante del Cordobazo. En todos los casos, las condenas respondían a una común lucha antidictatorial. El operativo de fuga estuvo a cargo de Mario Santucho y tenía previsto originalmente la liberación de, al menos, 110 detenidos, que iban a ser trasladados hasta el aeropuerto provincial en tres camiones.

Aunque en un comienzo el plan prospera, producto de desinteligencias solo logra escaparse una primera tanda de seis guerrilleros, compuesta por las cúpulas de las organizaciones armadas, que alcanza a tomar la torre de control del aeropuerto y secuestrar uno de los aviones. Más tarde llegará un segundo grupo de 19 cuadros intermedios evadidos,

que arriba cuando ya el avión secuestrado comenzaba a cobrar vuelo hacia territorio chileno. Ello les obliga a ocupar el aeropuerto, exigir la presencia de un juez y realizar una conferencia de prensa, luego de lo cual se entregan a las fuerzas represivas y son encarcelados. Tras la llegada del avión al aeropuerto santiaguino de Pudahuel, el gobierno de Salvador Allende tendrá en un comienzo una actitud ambigua ante el contingente guerrillero, barajando como una de las opciones ponerlos a disposición del poder judicial y hasta acogerse al pedido de extradición realizado por la dictadura militar argentina. Ni bien arribaron a Santiago, los revolucionarios solicitaron asilo político o bien un salvoconducto para proseguir viaje hacia alguno de los países considerados socialistas.

Frente a esta situación, el MIR, además de rodear el lugar de detención donde se encontraban alojados los guerrilleros argentinos, emite un comunicado público firmado por su secretariado nacional en el que reivindican la fuga como «un legítimo acto de rebeldía en contra de la dictadura» (MIR, 2006, p. 43). A la vez, denuncian la actitud asumida por el gobierno de la Unidad Popular como «una grave concesión», instándolo a que sea fiel «a los principios y tradiciones largamente consagrados en Chile», lo que resalta el carácter reaccionario de la Corte Suprema y la naturaleza antipopular del gobierno argentino, así como las denuncias de torturas sufridas en las cárceles. Contra las «mezquinas conveniencias disfrazadas de "consideraciones tácticas"», el MIR defenderá «el deber de solidaridad internacional y de derecho de asilo» (p. 44).

Luego de intensos momentos signados por la incertidumbre y el temor a ser devueltos a Argentina, se realiza una reunión de urgencia en La Moneda. Todos los ministros expusieron argumentos en contra de la salida del país por parte de los fugados. Cuando pensaban que ya «las cartas estaban echadas», tomó la palabra Allende y tras explicar lo

difícil de la situación, donde hubo un momento de silencio en el que el aire se cortaba con un cuchillo, rompió con un puñetazo sobre la mesa y exclamó: «Este es un gobierno socialista, mierda, así que esta noche se van para La Habana» (Seoane, 1993, p. 186).

Según le confió Beatriz Allende (hija del «compañero presidente») a Julio Santucho, su padre tenía «profundos sentimientos de simpatía y solidaridad» hacia el máximo referente del PRT-ERP. Al enterarse de la masacre de Trelew ocurrida el 22 de agosto, donde fueron asesinados dieciséis de los guerrilleros que se habían rendido la semana anterior en el aeropuerto (entre ellos Ana María Villarreal, esposa de Santucho y quien se encontraba en ese momento embarazada), Allende le envía su pesar por este hecho trágico al líder del PRT-ERP, y le obsequia por intermedio de Beatriz una pistola de uso personal, con una esquela firmada de puño y letra bajo una transcripción de la frase «Por la razón o por la fuerza», que es el lema del escudo chileno (Santucho, 2005, p. 139).

Una vez en Cuba, el contingente guerrillero brindó una conferencia de prensa, donde Santucho expresó que «los muros de ninguna prisión, ni ningún asesinato salvaje pueden detener el deseo de los revolucionarios de reunirse nuevamente con su pueblo, de volver a la lucha contra la dictadura y el imperialismo por una patria libre y socialista (citado en Seoane, 1993, p. 188). Como anécdota, se sabe que le entregaron de regalo, al mismísimo Fidel Castro, las llaves de la puerta del Penal de donde se fugaron. En la isla el PRT-ERP logró establecer contactos con numerosas organizaciones hermanas del Tercer Mundo. Durante una estadía que se prolongó casi un mes, los guerrilleros participaron de las brigadas de trabajo voluntario. Además de estas labores, el líder del PRT-ERP tuvo la oportunidad de reunirse con Fidel Castro.

Para retornar a la Argentina, Santucho realizará un largo periplo por Europa. Con pasaporte venezolano, cruzará el océano para pasar por

Caracas y finalmente llegar a Chile el 5 de noviembre. Allí se concretará un encuentro con la comisión política del MIR, en una casa próxima al Estadio Nacional. Carlos el «Vasco» Orzaocoa, integrante del comité central del PRT en aquel entonces, reconstruye los hechos de primera mano:

Mario Roberto Santucho estuvo en Chile antes de entrar a Argentina y en esa estadía se alojó en casas de compañeros/as miristas y estrechó relación y amistad con Miguel Enríquez. Robi visitó el campamento Nueva Habana y fábricas de los cordones industriales y asimiló toda la rica experiencia del MIR en la construcción del poder popular. Y especial tiempo le dedicó a proyectar, junto a toda la dirección del MIR, lo que sería la Junta de Coordinación Revolucionaria junto a las organizaciones Tupamaros de Uruguay y el ELN de Bolivia. (citado en Álvarez, y Ouviaña, 2021, p. 45)

## **El intercambio entre Miguel Enríquez y Mario Santucho: poder popular y revolución socialista**

La coyuntura abierta en marzo de 1973 en Argentina, que implicó una relativa «apertura democrática» y un repliegue de las fuerzas militares en términos gubernamentales, le permitió al PRT-ERP ampliar su accionar y lograr un fortalecimiento a nivel integral, lo que redundó en un incremento de la cantidad de militantes, alcanzando presencia nacional, un importante activismo de base entre los sectores populares y la sólida implantación en las principales fábricas del país. Este contexto propicia una apuesta mayor por el trabajo legal y también un crecimiento en la acumulación de fuerzas de la organización, teniendo como columna vertebral los diferentes frentes de masas creados. Pero a la vez, la lucha de clases se intensifica y la inestabilidad política se agudiza, lo que lleva al PRT-ERP a evaluar como posibles dos escenarios en el corto plazo: la derechización del régimen (perfilándose

un «bonapartismo represivo», encabezado por Perón) o bien una asonada golpista liderada por las Fuerzas Armadas.

El golpe de Estado desencadenado el 11 de septiembre de 1973, impactará sin duda en la caracterización realizada por el PRT-ERP del proceso revolucionario vivido en la región. En un Editorial de *El Combatiente*, firmado por Mario Roberto Santucho (2021) bajo el título de «Las enseñanzas del proceso chileno», se afirmará que este hecho

marca un viraje estratégico en la lucha de clases en Chile, con singular influencia sobre el desarrollo de la lucha revolucionaria en todos los países latinoamericanos y en especial Argentina y Uruguay. La utopía de una revolución en paz, de un tráfico pacífico del capitalismo al socialismo en Latinoamérica quedó una vez más al desnudo, confirmando dramáticamente que la única vía del derrocamiento del capitalismo es en nuestro continente la vía armada. (p. 374)

En lo que será una de las primeras alusiones explícitas a su común vocación en favor del poder popular, Santucho confrontará con la tesis de la llamada «vía chilena al socialismo», que planteaba la posibilidad de superar el capitalismo mediante un tránsito pacífico respetuoso de la legalidad burguesa:

Opuesto a esta posición el MIR y sectores afines, sostenía firmemente que no hay otro camino que la lucha armada, que debía dejarse de lado la conciliación y avanzar sin dilaciones en la movilización del pueblo, el desarrollo del doble poder y la preparación político-militar para grandes enfrentamientos que inevitablemente habrían de producirse. El MIR llamaba a no confiar en las FFAA contrarrevolucionarias, a buscar apoyo en su base, en las clases y soldados, a basar la estrategia y la táctica revolucionaria en la movilización y organización del pueblo, a organizar un ejército popular, a desarrollar el doble poder a partir de los comandos comunales dejando de lado el parlamentarismo burgués. (p. 375)

Trazando un paralelismo entre Argentina y Chile, afirmará que si bien «con otras características y en un grado diferente, la misma lucha entre reformismo y revolución se está librando en nuestro país». Confrontar contra el reformismo y el populismo se tornaba así una tarea prioritaria. El escrito de Santucho finalizaba describiendo la situación en el Cono Sur de América Latina, territorio que según su interpretación tendía «a constituirse en un importante campo de batalla de la lucha de clases internacional», no sin antes reafirmar que «la lucha del pueblo chileno es nuestra lucha» (p. 379).

Mientras tanto, en Argentina, el triunfo y asunción de Perón como presidente (con su esposa María Martínez de vice, con un perfil claramente conservador) es leído por el PRT-ERP como una maniobra de contención de la lucha popular, que apunta a «la reorganización y consolidación del sistema». Este panorama, sumado a ciertas iniciativas represivas orquestadas desde el gobierno, inducen a Santucho a dotar de la mayor importancia tanto a la unidad de las fuerzas revolucionarias como al trabajo político-militar desplegado por la organización. Es así como se decide fortalecer dos instancias de articulación incipientes: el Movimiento Sindical de Base (MSB) y, sobre todo, el Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS), en paralelo a la creación de la Compañía de Monte «Ramón Rosa Jiménez», un frente guerrillero rural que será lanzado en la provincia de Tucumán. Los meses sucesivos que se viven en Argentina van a pendular entre el despliegue de luchas democráticas con un considerable auge de masas, y la creciente debilidad —e inestabilidad— del gobierno para implementar el llamado «Pacto Social», que apela a una campaña represiva y da lugar a una crisis más aguda del campo burgués, tras el fallecimiento de Perón el 1 de julio de 1974. Será precisamente en este delicado contexto que Miguel Enríquez redacte, desde la clandestinidad, una extensa carta a Mario Roberto Santucho, donde formulará una serie de apreciaciones y críticas fraternas ante el

accionar del PRT-ERP. La misiva, dirigida a «Carlos» —uno de los seudónimos utilizados por el secretario general del PRT y comandante del ERP—, tiene por fecha el 27 de julio de 1974 y está firmada por «Pablo», seudónimo de Enríquez.

Luis Mattini (2003) —quien sucederá a Santucho como máximo dirigente tras su caída en combate en julio de 1976— supo reconstruir los pormenores que antecedieron a esta carta de Miguel Enríquez, escrita dos meses antes de ser asesinado:

El golpe de Pinochet, había interrumpido durante varios meses el contacto del PRT con el MIR. Finalmente, a mediados de 1974 fue posible una visita clandestina de un miembro del Buró Político a Chile. Domingo Menna viajó y pudo reunirse con la Comisión Política del MIR durante varios días. Fueron discusiones muy interesantes y vitales para la relación entre ambos partidos. Pero [...] digamos que Menna no pudo convencer a Miguel Enríquez y este optó por entregarle una carta directa a Santucho y al BP. (p. 302)

¿Qué planteaba en concreto la carta?<sup>3</sup> Enríquez (1974) inicia felicitando a Santucho y al PRT-ERP «por el desarrollo de éxitos y crecimiento alcanzado», y valorando la iniciativa de haber enviado un compañero de la organización a territorio chileno, con los riesgos y costos que ello podía traer aparejado. «Estuvimos reunidos ininterrumpidamente 10 días», relata, tras lo cual le detalla con qué encargados mantuvo encuentros y sobre qué temáticas y cuestiones intercambiaron opiniones, información y experiencias (desde la situación mundial y latinoamericana, al contexto de los países del Cono Sur y las organizaciones integrantes de la JCR, con especial énfasis en todo lo atinente al funcionamiento y características del PRT-ERP y el MIR). También reconoce y acepta las críticas formuladas por el PRT-ERP a las «deficiencias» del trabajo del MIR en la JCR, a las que considera «básicamente correctas», y propone, para subsanarlas, una mayor comunicación y coordinación, así como la distribución de militantes miristas en Argentina y el «futuro envío de cuadros» al país trasandino (pp. 1-2).

Tras advertir que son conscientes de «que emitir opiniones no estando allí [en referencia al territorio argentino] ni viviendo el proceso que allí se desarrolla es enormemente peligroso y sujeto a error», y aclarar que en todo caso ellas son «producto de nuestra experiencia y de los errores y retrasos que cometimos», describirá lo que Enríquez define como «imprecisiones y debilidades» en la táctica del MIR entre septiembre de 1970 y julio de 1972, que les hizo desaprovechar dos de los tres años que se prolongó la crisis del sistema de dominación en Chile, con lo cual el tiempo que les restó fue insuficiente para evitar la derrota sufrida por el pueblo en septiembre de 1973.

En el caso de Argentina, dirá, si bien la profundidad de la crisis del sistema de dominación «permite a veces a los revolucionarios quemar etapas, romper con los rigores que los clásicos recomiendan», ello no debería equivaler a subvalorar —como advierte en el accionar del PRT-ERP y en cierta debilidad para poder aprovechar realmente los espacios legales y la ampliación de libertades democráticas— «aspectos que pueden ser fundamentales, que creemos debilitan una posible mayor inserción en el movimiento de masas y al parecer se adelantan en el plano militar». Atendiendo al carácter de la movilización popular vivida en ese entonces en el país, otra falencia que Enríquez identifica es la poca «precisión en los objetivos a ofrecerles» a las masas, en concreto «la elaboración, a partir del programa, de una plataforma precisa para el período y de plataformas específicas por frentes que les permitan acercar la plataforma general a los intereses inmediatos y específicos de cada sector», un esfuerzo que, de acuerdo a la experiencia del MIR en Chile, «tiene un efecto multiplicador en el movimiento de masas, logrando dinamizar a extensos sectores, sean estos o no de partidos» (p. 4).

A su vez, otra sugerencia vertida en la carta es la necesidad de «llevar el enfrentamiento de la clase obrera con la burguesía a las bases mismas de su poder estructural», de forma tal que otorgue experiencia y organización colectiva a los trabajadores, levantando «el objetivo del control obrero en las fábricas». Ello permitiría, según Enríquez,

desplazar la lucha de donde el populismo (hegemónico aún en la conducción del movimiento obrero argentino, algo a lo que el MIR le confería «la mayor importancia») y el reformismo suelen orientarla: los problemas exclusivamente reivindicativos, ya sean salariales, por la redistribución del ingreso, los precios o el consumo. Este tipo de iniciativa, agrega, supo ser desplegada en Chile a partir de mediados de 1973 con mucho éxito, al punto de instalarse con fuerza entre las masas «la expropiación de grandes empresas burguesas». De ahí que concluya que será en la lucha concreta por objetivos de este tenor, que tomará fuerza y consistencia en la clase obrera una alternativa revolucionaria como la levantada por el PRT-ERP, cifrando, además, allí, la posibilidad de resolver entre las masas un problema que, en la lectura de Enríquez, es crucial para el triunfo de la revolución argentina: «el éxito de la alianza entre los revolucionarios y la izquierda peronista en progresiva radicalización» (p. 5).

Respecto a la problemática del poder popular, en la misiva recordará que, a pesar de haber desarrollado entre septiembre de 1970 y la primera mitad de 1972 un enorme esfuerzo en el seno del movimiento de masas, solo a partir de mediados de este año, cuando el MIR decidió impulsar «nuevas formas de organización, cristalizó y se multiplicó el crecimiento de nuestra influencia entre las masas y su ascenso difuso, constituyéndose entonces en fuerza social, y no diluyéndose después de cada ascenso o conflicto puntual». En alusión a las reflexiones e hipótesis de Lenin y Trotsky acerca del surgimiento espontáneo de los soviets, lograron comprender, aunque tardíamente, que la tarea en Chile era construirlos, pero «basados en el nivel de conciencia de las masas y en sus problemas concretos nos propusimos una progresión en su desarrollo». Así, de la constitución de niveles elementales de coordinación entre sindicatos, se pasó a su extensión local y territorial con las capas pobres de las poblaciones, sumando esfuerzos luego con sectores estudiantiles, e incluso campesinos, hasta llegar a conformar los consejos comunales de trabajadores. Una cuestión relevante que abonó a este proceso, según Enríquez, fue el levantamiento del llamado *Pliego*

*del Pueblo*, como plataforma que incorporaba los intereses inmediatos y «objetivos de transición» de todos los sectores populares.

Finalmente, una preocupación que enuncia sin ambages en la carta es que los objetivos que el PRT-ERP plantea a la clase obrera «se limitan a la lucha por la defensa de sus intereses y a la lucha antiburocrática», careciendo de «una plataforma global específica para el período y para cada frente en particular», así como la ausencia o no de planteamiento explícito de «objetivos de transición» y proposiciones para «nuevas formas de organización de masas que creemos que el período posibilita y necesita». En definitiva, poder plantearse «como objetivo propagandístico para el período, un proyecto concreto de gobierno, y no solo la continuación de la guerra y la conquista del poder».

Por contraste, Enríquez (1974) advierte sobre el peligro de impulsar y realizar «acciones armadas mayores», con las cuales se genera

un vacío, una importante distancia entre el carácter, la extensión, la profundidad, del trabajo de masas y accionar militar del PRT que visualizamos desde acá como «adelantado», espacio que es de hecho concedido al trabajo político del reformismo y el populismo, y que ustedes sumidos en el enorme ascenso del movimiento de masas, pudieran no visualizar, y de esta forma progresivamente aislarse del núcleo fundamental de la clase obrera y el pueblo y solo vincularse a los sectores de vanguardia y más conscientes, en un período prerrevolucionario que posibilita y exige incorporar y organizar a extensas capas de la clase obrera y el pueblo. (6)

En los últimos párrafos de la epístola, el máximo dirigente del MIR le ruega a Santucho que le disculpe por la audacia, y le aclara que todo lo sugerido en ella «hace en lo fundamental a nuestra experiencia» y a «los errores y retrasos que nosotros cometimos», por lo que

nada está más lejos de nuestra intención [...] de erigimos en asesores, consejeros y menos aún pontificadores; como pocos, sabemos que solo la

experiencia concreta de los revolucionarios en cada país puede ser fuente seria de lecciones y orientaciones que puedan influir en la táctica de un partido en una situación concreta. (p. 7)

La carta cierra con el anhelo de que pronto «podamos conversar de todo esto y otras cuestiones personalmente [...] seguros de la victoria final y reafirmando nuestra convicción que en nuestro "pequeño Zimmerwald" está el embrión que conducirá la lucha revolucionaria al menos en el Cono Sur».

A las pocas semanas de recibida la valiosa carta de Miguel Enríquez, Mario Roberto Santucho elaborará el que quizás sea uno de los mayores documentos programáticos del PRT-ERP y de la nueva izquierda de los años setenta: *Poder burgués y poder revolucionario* (en adelante *Poder y Poder*). Existe al día de hoy una polémica acerca de los motivos que lo llevaron a redactar este extenso material, tan relevante para la praxis política desplegada por el PRT-ERP. Más allá de las posibles conjeturas, es indudable que *Poder y Poder* es resultado, al menos parcialmente, del intercambio y el diálogo teórico-práctico que venían manteniendo el PRT-ERP y el MIR, y en particular de los señalamientos y sugerencias que Enríquez formula en la mencionada carta a Santucho (y que ya habían sido explicitados en forma oral en el intercambio que la dirección del MIR mantuvo con Domingo Menna en Santiago de Chile), aunque es cierto que no pueda definirse como una respuesta directa y exclusiva a las críticas fraternas expresadas en ella.

Lo cierto es que *Poder y Poder*, publicado el 23 de agosto de 1974, busca ensayar un análisis marxista de la historia política reciente de Argentina, con miras a dilucidar las particularidades de la revolución en el país. Según la lectura de Santucho (2000), las clases dominantes han utilizado de manera reiterada dos formas fundamentales de dominación burguesa: la república parlamentaria y el bonapartismo militar. «Ambos sistemas —dirá— utilizan combinadamente el engaño y la fuerza para mantener la hegemonía de la burguesía» (p. 276).

Luego de describir los rasgos distintivos de cada una de ellas, y de advertir que «una política revolucionaria debe saber utilizar todo tipo de armas, incluso aquellas que han sido creadas y son usadas con ventaja por la burguesía», sin que esto equivalga a pensar que es posible producir cambios importantes meramente a través de la disputa electoral, postula una de las principales hipótesis que será una obsesión del PRT-ERP: «la ausencia hasta el presente de una *opción revolucionaria de poder* que ofreciera a las masas una salida política fuera de los marcos del sistema capitalista». Entre los factores que han obturado esta necesidad, destaca el rol de las corrientes reformistas y populistas, que tienden a perderse «en el laberinto de la lucha interburguesa» o «difunden falsas esperanzas apoyando sin rubores a uno u otro dirigente de la burguesía pretendidamente "progresista"» (Santucho, 2000, pp. 282-283).

El auge de masas y la exacerbación de la lucha de clases son interpretadas por Santucho como la apertura de una situación revolucionaria en Argentina, es decir, de la existencia de «condiciones que hacen posible el derrocamiento del capitalismo y el surgimiento del nuevo poder obrero y popular socialista». Este período, sin embargo, probablemente involucre años de duras y profundas movilizaciones, disputas y combates, en los que *la combinación de todas las formas de lucha* será algo inevitable. Es aquí donde el máximo referente del PRT-ERP apela a los clásicos del marxismo, en particular a las reflexiones de Lenin y Trotsky, aunque también a otras experiencias históricas como las de la España revolucionaria y Vietnam, para teorizar acerca del *doble poder* (también definido como poder dual). Si bien una de las formas típicas de este tipo de poder ha sido el soviét, Santucho reconoce que las sucesivas revoluciones han ampliado el concepto, a tal punto que pueden existir expresiones de poder dual en contextos de insurrecciones parciales, donde se logre implantar en una región o provincia, bajo la denominación de zonas liberadas.

En el caso concreto de Argentina, la hipótesis que sostiene es que, al menos en un período inicial, el doble poder ha de desarrollarse —en el campo o en las ciudades— en forma desigual en distintos puntos del país, por lo que han de surgir localmente modalidades y «órganos de poder obrero y popular, ya sea permanentes o transitorios, coexistiendo con el poder capitalista», aunque confrontando con él de manera constante y bajo el influjo de la movilización de masas. En el campo, donde «la presencia directa del estado capitalista es relativamente débil, el desarrollo del poder local será más rápido y más efectivo, en cuanto estará en condiciones de brindar desde el comienzo sustanciales mejoras a las masas», aunque su «enmascaramiento» será más difícil y recibirá en el inicio lo más feroces ataques del enemigo, por lo que de acuerdo a Santucho deberá contar con el respaldo de unidades guerrilleras medianas.

A nivel más general, esta perspectiva de construcción de un poder territorial, ya sea en ámbitos rurales como en centros urbanos, requiere, según él, «encarar la solución soberana de los distintos problemas de las masas locales», donde ellas mismas comiencen a tomar la responsabilidad de gobernar su zona, pero dista de concebirse como algo encapsulado y autosuficiente, ya que estos «órganos embriones de poder popular» deben ser resultado de un proceso general, siendo su multiplicidad y extensión un factor que dificultará las posibilidades represivas (pp. 289-290).

### **Palabras finales para un secreto compromiso de encuentro**

A pesar de lo radical y sugerente de los planteos e iniciativas desplegadas por el PRT-ERP y el MIR, lo cierto es que diferentes factores, tanto vinculados a debilidades internas y a errores políticos,<sup>4</sup> como especialmente al clima de creciente represión y aislamiento vivido en sus respectivos países, impidieron que este tipo de apuestas pudiesen concretarse y expandirse de manera integral de un lado y del otro de la cordillera. El accionar parapolicial en el caso de Argentina (donde la Alianza Anticomunista Argentina asesinó más de mil quinientos activistas antes del golpe del Estado), y la instauración a sangre y fuego de dictaduras en ambos países, terminaron por diezmar no solo al conjunto de las

organizaciones armadas, sino también desaparecer, encarcelar o forzar al exilio a los núcleos militantes más relevantes del campo popular. El aniquilamiento físico de la fuerza social y política «enemiga», por parte del Estado y las clases dominantes, fue trágicamente aleccionador en todo el Cono Sur.

Sin embargo, el tizón insurgente se mantuvo encendido en fogones y encuentros clandestinos, tramas subterráneas y refugios colectivos, vínculos afectivos y pequeñas semillas militantes, que poco a poco fueron enhebrando la memoria ardiente y recomponiendo lazos de hermandad revolucionaria, para lograr sobrevivir a los tiempos del naufragio y volver a tejer utopías, trayendo experiencias como las del MIR y el PRT-ERP a nuestro presente. Llorar a nuestros muertos, a las caídas en el fragor del combate, a quienes fueron secuestrados, padecieron la tortura, terminaron arrojados al mar o acribillados en las catacumbas del horror, es parte de un imprescindible duelo, que no necesariamente debe equivaler a resignación o desesperanza. Walter Benjamin (2007) propone recordar a las y los vencidos en tanto revolucionarios/as, cuya derrota debe leerse en una clave transitoria, es decir, no concluyente ni definitiva. La melancolía puede officiar así de fuerza que nos impulse a visitar el pasado, pero con nuevos ojos, a partir de otros prismas, desde una sensibilidad que deje atrás la ilusión de un triunfo garantizado de antemano por el propio curso de la historia, aunque sin renegar de la convicción utópica de poder transformar el mundo y construir una sociedad radicalmente distinta a la actual.

En este sentido, coincidimos con Jaime Navarrete y Marco Álvarez (2019) en que la cultura política de la izquierda revolucionaria, en particular tras la derrota sufrida en 1973, nos legó a un Miguel Enríquez —y agregaríamos, también a un Mario Roberto Santucho— más cercano a la muerte y la militancia sacrificial que al pensador crítico y el político revolucionario. Por ello resulta imperioso revitalizar, como intentamos realizar en este artículo, a ambos como exponentes de una *filosofía de la praxis* que intentó aunar, con originalidad y más allá de sus posibles errores e involuntarios

tropiezos, la teorización del puño levantado con la acción insurgente de masas, desde la plena convicción de cambiar de raíz todo lo que deba ser cambiado.

Para las y los que comenzamos a participar en política a mediados de los años noventa, estas referencias resultaron fundamentales como diálogo intergeneracional y en tanto «secreto compromiso de encuentro» con quienes en los años sesenta y setenta se animaron a intentar tomar el cielo por asalto sin pedir permiso alguno. Hoy, nuevamente, toca avivar la llama de la rebeldía para que esos sueños —no exentos de cierta nostalgia y sana congoja— contagien entusiasmo, creatividad y osadía. Esta vez, para *vencer y vivir* con todas las fuerzas de la historia.

## Referencias bibliográficas

- Álvarez, A. y Ouviaña, H. (2015). La virtud del MIR fue la autoridad moral de resistir. Entrevista a Carlos Sandoval. *Revoluciones.net*. <https://revolucionescuela.wordpress.com/2023/09/11/la-virtud-del-mir-fue-la-autoridad-moral-de-resistir-entrevista-a-carlos-sandoval/>.
- Álvarez, A. y Ouviaña, H. (2021). Memorias de un país en rebelión. Conversaciones con el vasco Orzaocoa. En: *A todo o nada por la Revolución. Política, subjetividad y estrategia revolucionaria en el PRT-ERP*. Álvarez, A. (edit.), Santiago de Chile: Escaparate, pp. 31-53.
- Álvarez Vergara, M. (2022). *Tati Allende. Una revolucionaria olvidada*. La Habana: Instituto de Filosofía-Fundación Rosa Luxemburgo.
- Benjamin, W. (2007). *Sobre el concepto de Historia. Tesis y fragmentos*. Buenos Aires: Piedras de Papel.
- Enríquez, M. [Pablo] (1974). Carta de la dirección del MIR a la dirección del ERP, 27 de julio, Santiago de Chile. Archivo personal de Miguel Enríquez, Archivo Nacional, Santiago de Chile.
- Enríquez, M. (2015). La conquista del poder por la vía insurreccional. En: *La constituyente revolucionaria. Historia de la fundación del MIR chileno*. Álvarez Vergara, M. (comp.), Santiago de Chile: LOM, pp. 43-74.
- Enríquez, M. (2019). *¡A construir la revolución chilena! Tesis político-militar MIR 1967*. Santiago de Chile: Escaparate.

- Giap, V. N. (1964). *Guerra del pueblo, ejército del pueblo*. La Habana: Editora Política.
- Löwy, M. (1971). *El pensamiento del Che Guevara*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Mattini, L. (2003). *Hombres y mujeres del PRT-ERP*. Buenos Aires: De la Campana.
- MIR (2004). El Pliego del Pueblo. En: *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile*. En: Naranjo, P., Ahumada, M., Garcés, M. y Pinto, J. (comps.), Santiago de Chile: LOM/CEME, pp. 171-188.
- MIR (2006). Declaración del secretariado nacional del MIR: frente al problema de los revolucionarios argentinos. En: *Miguel en la MIRa*, volumen 2. Santiago de Chile: Quimantú, pp. 77-83.
- Naranjo, P. (2004) La vida de Miguel Enríquez y el MIR. En: *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile*. Naranjo, P., Ahumada, M., Garcés, M. y Pinto, J. Santiago de Chile: LOM/CEME, pp. 29-88.
- Navarrete, J. y Álvarez, M. (2019). Presentación. En: *¡A construir la Revolución chilena! Tesis Político-Militar - MIR 1967*. Enríquez, M., Santiago de Chile: Escaparate, pp. 5-14.
- PRT (1998a). El único camino hasta el poder obrero y el socialismo. Documento del IV Congreso. En: *A vencer o morir 1. PRT-ERP. Documentos, Selección de Daniel De Santis*. De Santis, D., Buenos Aires: Eudeba, pp. 95-137.
- PRT (1998b) Resoluciones del V Congreso. En: *A vencer o morir 1. PRT-ERP. Documentos, Selección de Daniel De Santis*. De Santis, D., Buenos Aires: Eudeba, pp. 141-181.
- Sandoval, C. (2014). *Movimiento de Izquierda Revolucionaria. 1956-1970. Tomo I*. Santiago de Chile: Quimantú.
- Santucho, J. (2005). *Los últimos guevaristas. La guerrilla marxista en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones B.
- Santucho, M. R. (2000). Poder burgués y poder revolucionario, En: *A vencer o morir 2. PRT-ERP. Documentos*. De Santis, D. (sel.), Buenos Aires: Eudeba, pp. 275-306.
- Santucho, M. R. (2021). Las enseñanzas del proceso chileno. En: *Sus editoriales y escritos estratégicos. Antología y Estudio Preliminar a cargo de Daniel De Santis*. Buenos Aires: Nuestra América, pp. 374-379.

Seoane, M. (1993). *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*. Buenos Aires: Planeta.

Vitale, L. (1999). *Contribución a la Historia del MIR (1965-1970)*. Santiago de Chile: Instituto de Investigaciones de Movimientos Sociales «Pedro Vuskovic».

## Notas

---

<sup>1</sup> El presente artículo retoma y actualiza una versión previa publicada en la revista *Cuadernos de Marte*, número 28, del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2025.

<sup>2</sup> Santucho viajó por primera vez a Cuba en 1961, donde trabó relaciones con el Movimiento 26 de Julio y llegó a escuchar a Fidel Castro proclamar el carácter socialista de la Revolución. Se sumó a las brigadas de trabajo voluntario y recibió su primer entrenamiento guerrillero. Miguel visitará Cuba en noviembre de 1967, hecho que significará «en la práctica, el inicio del establecimiento de relaciones oficiales entre el MIR chileno y la dirigencia cubana, y que por diferentes razones hasta ese momento existían de forma indirecta y puntual» (Naranjo, 2004, p. 52).

<sup>3</sup> Gracias a la gentileza de Marco Álvarez Vergara (2022), disponemos de una versión mecanografiada y completa de ella.

<sup>4</sup> Aunque trasciende los alcances de este artículo, podemos destacar entre ellos, en el caso chileno, que el principal terreno de la lucha de clases se desarrolló dentro de la institucionalidad estatal que era ventajosa para el bloque burgués, así como la imposibilidad de consolidar una conducción unitaria del proceso revolucionaria abierto tras el triunfo (y más allá) de la Unidad Popular. Respecto de la experiencia argentina, un error —reconocido posteriormente incluso por referentes de la propia organización— es el no haber asumido que, a partir de mediados de 1975, comenzó a vivirse en el país un parcial pero creciente reflujó de la movilización de masas, que se combinó con la insistencia por parte del PRT-ERP en realizar ofensivas armadas asentadas en una lectura de la correlación de fuerzas voluntarista y más de tipo técnico-militar, que a nivel general terminó redundando en un mayor aislamiento político.